

VISIÓN DE LOS VENCIDOS
A CINCUENTA AÑOS DE SU APARICIÓN

JOSÉ RUBÉN ROMERO GALVÁN

Hace cincuenta años salió por primera vez de la imprenta *Visión de los vencidos. Relaciones indígenas de la conquista*. Su autor es Miguel León-Portilla, en aquella época joven investigador, que consideró el especial interés que representaba publicar un conjunto de testimonios indígenas sobre la conquista. Los textos nahuas que se incluyen en este libro habían sido traducidos por el padre Ángel María Garibay Kintana.

Sin duda el gran acierto de esta obra fue poner al alcance de un gran público la posibilidad de entrar en contacto con las voces de los indígenas que en 1521 vieron cómo su mundo se derrumbaba violenta y estrepitosamente.

La conquista de estas tierras no tuvo como consecuencia solamente el dominio de los vencedores sobre los vencidos. La transformación de la realidad que ello trajo consigo impactó el ser de los indígenas dejando para siempre en ellos cicatrices dolorosas. La desaparición de sus dioses; la instauración de un nuevo calendario, que significaba no sólo una forma novedosa de contar el tiempo, sino la desaparición de un sistema que marcaba los ritmos de la vida del hombre y ordenaba los ciclos de la actuación de las divinidades; una concepción del espacio que, además de romper los límites de la ecumene original, arrebató al cosmos en su conjunto la profunda significación que hasta entonces le había sido propia, para dotarlo de otro orden y otro significado tan complejo como el primero, pero, a fin de cuentas extraño al pensamiento indígena, además de la no menos importante introducción de nuevos cultivos que se hacían lugar junto al maíz, gramínea cuyas cargas míticas y divinas la dotaban de un peso insospechado, fueron algunos de los cambios y sustituciones que marcaron profundamente la realidad mesoamericana y la manera como los indígenas la concebían.

Todo lo anterior se percibe detrás de cada una de las palabras, de cada una de las expresiones que componen los textos que Miguel León-Portilla ordena y comenta prolijamente en esta obra y que en su

conjunto constituyen una significativa y dramática historia de la conquista según la mirada de los indígenas vencidos. Esta historia comienza con las narraciones que refieren la aparición de signos extraños que anunciaban acontecimientos de inmensa trascendencia. En todas sus ediciones, con excepción de la última, concluye con el drama de la conquista; en la que salió a la luz en 2008, el autor agregó dos capítulos, el XVI y el XVII, cuyo interés es innegable. En el primero de ellos se ofrece en náhuatl y en español un canto triste que, según advierte Miguel León-Portilla, “se entonaba al son de los atabales, los huéhuetl, los teponaztli y la música de las flautas.” (p. 205) Allí el poeta evoca momentos de gran dramatismo y la actuación de personajes cuyos nombres son continuamente recordados por la historia. El capítulo XVII lleva por título “Lo que siguió” y está compuesto por piezas que ponen al lector en contacto con las circunstancias que vivieron los indígenas como consecuencia de la conquista. Allí, a través de la lectura de distintos testimonios indígenas, que van desde algunas cartas indígenas a través de las cuales es posible aquilatar el peso del régimen español en estas tierras, hasta poemas salidos del talentoso ingenio de un cantor indígena de nuestro tiempo, pasando por el primer manifiesto en náhuatl pronunciado por Emiliano Zapata, se puede muy bien conocer la medida de las penas que han vivido y viven hasta hoy nuestros hermanos indígenas.

Quien se acerca a esta obra dispone, en el apéndice que siempre la ha acompañado, de una breve reseña histórica sobre la cultura del México antiguo y sus logros culturales. La utilidad de esta parte es en verdad grande, pues el lector puede entrar en contacto con una serie de elementos constitutivos de la antigua realidad desaparecida en 1521. Ello le permite vislumbrar la medida de la tragedia plasmada de distintas maneras en los textos que componen la obra toda.

Cada uno de los innumerables lectores que a lo largo de cinco décadas se han acercado a la *Visión de los vencidos* pudieron descubrir, a través de los comentarios de Miguel León-Portilla y los textos traducidos del náhuatl tanto por él mismo como por el padre Ángel María Garibay, un universo complejo y lleno de significados que corresponde a los dramáticos episodios que los indígenas vivieron durante la conquista española, y ponerse en contacto con el otro rostro de la conquista, aquel en el que encuentran su sitio las experiencias y las expresiones de quienes en la campaña de la conquista resultaron vencidos. Es así que los lectores han podido conocer y valorar no sólo las distintas facetas de ese trascendental hecho histórico, tanto como, y creo que es lo más importante, acceder a la convicción de que toda conquista, toda guerra, constituye una tragedia que trae consigo sometimiento injusto

y sufrimiento y que arrebató al hombre su dignidad de persona. De esta manera es que la obra de León-Portilla invita al lector a acceder a un uso ejemplar de la memoria según lo propone Todorov.¹

La mayor parte de los textos que se publican en el libro que comentamos fueron escritos originalmente en lengua náhuatl. Su traducción al castellano, además de brindar al lector la ocasión de entrar en contacto con el espíritu de la cultura de los antiguos mexicanos, constituye una verdadera invitación para acercarse al náhuatl y aquilatar sus insospechadas posibilidades literarias.

Es indudable que el libro *Visión de los vencidos* vino a enriquecer la conciencia histórica de mucha gente con elementos que apenas se vislumbran en las crónicas europeas donde, detrás de la descripción de cada batalla o de un acto de vasallaje, es posible entrever la tragedia que ello significaba para los indígenas, sobre todo para la altiva nobleza mexica.

La conquista española de las tierras mesoamericanas y la colonización que le siguió constituyen sin duda uno de los procesos más complejos que se han observado en la historia del mundo. Profundamente dramático, significó no sólo la llegada de gente extraña a estas partes, no sólo el dominio que los recién llegados impusieron a los hombres que las habitaban, sino el marco de una serie de cambios innumerables de los que se dieron sólo algunos ejemplos más arriba. La significación que ello tuvo debe siempre, según lo expresó Miguel León-Portilla al final de la "Introducción general", ayudar a "despertar el entusiasmo por trabajos semejantes, es nuestro más grande deseo. El examen sereno del encuentro de esos dos mundos del indígena y el hispánico, de cuya dramática unión México y los mexicanos descendemos, ayudará a valorar mejor la raíz más honda de nuestros conflictos, grandezas y miserias, y en una palabra del propio 'rostro y corazón', expresión de nuestra fisonomía cultural y étnica."

Es así que la voz de aquellos indígenas que se expresaron sin saber que sus palabras serían parte de una antología como la que hoy comentamos, encuentran una trascendencia plena en la conformación de una memoria colectiva que debe continuamente interpelar a todo mundo para que aquello que significó un profundo sufrimiento para los seres humanos que fueron actores en ese drama no vuelva a tener un lugar en la historia del hombre.

¹ *Apud*, Tzvetan Todorov, *Los abusos de la memoria*, Barcelona, Paidós, 2000, 62 p. (Paidós Asterisco, 3).

